

Cuentos fantásticos

Hernán Romero



Capítulo 1

Upír

Viernes por la noche.

Bendito viernes por la noche.

La penumbra saturada de resplandores fluorescentes del bar me hacía sonreír con toda la boca, apurando la quinta, sexta o séptima pinta de cerveza, ya ni sabía. ¿Pero qué importaba?

Lo único que interesaba era la noche, la música estridente, las carcajadas ebrias de Cristian y Helena, el alcohol...y que al fin habíamos terminado de cerrar esa puta auditoría. Tres meses. Tres jodidos meses hasta última hora, trabajando los fines de semana, estresados hasta el cuello, casi sin dormir y comiendo cualquier porquería. Al fin se había terminado, al fin recuperábamos un poco el control de nuestras vidas. Había que celebrarlo. Ahora que corra la cerveza; mañana, a la noche, un asado en casa con Cris, Helena y el resto de los chicos del equipo. Nos lo merecíamos. Eso era lo único que me importaba en ese momento.

Bueno, eso y algo más.

Alguien más, mejor dicho.

Me había estado mirando toda la noche, sentada en su mesa en el otro extremo del bar. Apenas podía verla en medio de la penumbra, la gente que bailaba borracha y los empleados que pasaban apurados con sus bandejas y jarras vacías, pero lo que llegaba a ver me gustaba. Y mucho.

—Esa te estuvo mirando toda la noche... —balbuceó Cristian, pasándome un brazo por encima del hombro.

—Cuidado, no te caigas—lo reprendió Helena, tambaleándose ella misma un poquito.

—Tranqui...estoy bien. —Cristian miró su reloj—. Puta, que tarde se hizo... ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos yendo?

—Vayan ustedes—dije, sin despegar los ojos de la mesa al otro lado del bar—. Yo me quedo un rato.

Cris esbozó una de esas sonrisas idiotas que tanta gracia nos hacían.

—Buena suerte. La vas a necesitar, eh. ¿Viste lo que es esa mina?

— ¿Mañana a las 9? —me preguntó Helena, ignorando el comentario de su novio.

—Sí, obvio. Vengan antes si quieren, yo ya puse a descongelar la carne, la hacemos a fuego lento.

— ¿Llevamos algo?

—Algunas bebidas nomás, si quieren. Ya compré todo.

—Buenísimo, después te transferimos la plata.

—Sí, no se hagan problema.

—Hey, creo que yo también me quedo—sonrió Cris, mirando en la misma dirección que yo—. ¡Que buena que está! Si no le vas a hablar vos ahora, ya mismo voy yo y...

—Vaamosss. —Helena lo sujetó por el brazo y lo arrastró hacia la salida. Se tomó un segundo para mirarlo también, guiñándome un ojo—. Chau, nos vemos mañana.

—Chau.

Me quedé a solas en la barra, apurando lo que me quedaba de cerveza. La chica me seguía mirando. Me hice el interesante unos minutos antes de juntar el valor para levantarme. Las dos o tres pintas de más hicieron que me tambaleara un poco. Mejor. El mareo siempre va acompañado de esa alegría sin sentido y de esa maravillosa sensación de desinhibición. Me iba a venir bárbaro.

Avancé a través del apretado grupo de gente que llenaba la pista. La música me retumbaba en las sienes como un martillo. Los gritos y las carcajadas eran casi igual de ensordecedoras. El ambiente justo.

Sin embargo, cuando estaba a apenas un par de metros se me ocurrió pararme y mirar hacia los lados. El bar estaba llenísimo, pero la mesa de la chica, salvo ella, estaba vacía. ¿No andaría el novio dando vueltas por ahí? Volví a mirar. Parecía que no. Me aclaré la garganta, sintiendo como el pulso se me aceleraba un poco. Ella me seguía mirando. Capaz me hacía falta otra jarra de cerveza...

— ¡Hola! ¿Cómo estás?

La chica se reclinó un poco en su silla, sonriendo con los labios apretados.

—Hola.

—Pero qué lindo acento...—sonreí, encantado por el tono melodioso de su voz—. ¿Sos europea?

Ella asintió, mirándome fijamente. No dijo nada más.

—Eh... ¿Estás sola? ¿Me puedo sentar?

Volvió a asentir, estirando un brazo para invitarme en la silla a su lado. Me senté, sintiéndome estúpidamente orgulloso de mí mismo. Es que no era para menos. Ahora que estaba cerca la veía con toda claridad.

"Mierda..."

Sé lo exagerado que puede sonar, pero esa chica era sencillamente la mujer más hermosa que había visto en mi vida. No le veía prácticamente un solo defecto. El pelo ondulado le caía largo y rubio hasta los hombros, enmarcando un rostro de piel blanquísima, sin la más leve imperfección. Ni siquiera en uno de esos comerciales de cremas consiguen algo así. Llevaba un vestido negro de una pieza, bastante corto y pegado al cuerpo. No me animé a mirar demasiado del cuello para abajo mientras hablábamos, pero lo que se llegaba a ver... Dios. ¿Cómo podía ser que una mujer como esa me estuviera prestando atención a mí? ¿Cómo estaba ahí sola, sin una horda de buitres encima?

—Seguro que no te suelen preguntar esto—dije, haciéndome el idiota—, pero... ¿venís muy seguido por acá?

Ella sonrió, la misma sonrisa apretada. Tenía los labios rojísimos, contraste que me hizo notar lo pálida que era. Parecía tallada en porcelana. Sus ojos no se apartaban de mí. Eran marrones, o de un castaño medio raro. Era difícil asegurarlo con aquella iluminación.

Alcé una mano y pedí dos cervezas. Yo pagaba, por supuesto. Hablamos un rato, las típicas estupideces. Que cómo te llamás, que de dónde sos, que a qué te dedicás, si te puedo comprar otro trago. ¿Kalina? ¡Qué lindo nombre! Sí, sí, yo vivo a unas cuadras nomás, ¿vos estás alquilando cerca del bar también? Ah, mirá que bien. ¿Y sos de Praga? ¿Qué te trajo a nuestro hermoso país? Ah, estás estudiando. ¿Medicina? ¡Que bien! ¡Y que bien que hablás español! Yo soy auditor senior en un estudio contable, hoy cerramos una auditoría que ni te imaginás lo que fue...

Al cabo de media hora, creo, me pedí otra cerveza, la segunda. Ella seguía con la primera. No la había tocado casi.

— ¿No la vas a tomar? ¿Quéres que te pida otra cosa?

—Oh, ya he tomado bastante—dijo, sin siquiera mirar la pinta. Me miraba a mí.

Esos ojos... ¿Castaño rojizo? ¿Ámbar? No podía apartar la mirada. Y qué hermosa era...demasiado. Era como una escultura de mármol blanco y perfecto.

Como cualquiera podrá hacerse una idea, al principio me había acercado simplemente para ver si podía echar el anzuelo. O sea, Kalina no estaba buena, sino lo siguiente, y me estaba invitando a su mesa. ¿Quién no se hubiera arriesgado? Pero, al cabo de otra media hora me sentía tan a gusto hablando con ella que ni me lo podía creer. Kalina tenía un conocimiento bastante profundo de prácticamente todos mis temas de interés. Escuchaba las mismas bandas, había leído los mismos libros, había estado en todas las grandes ciudades y lugares que yo había visitado o ansiaba visitar. ¡Hasta sabía de cine y de fútbol! Era casi como si me leyera la mente.

— ¿Sabés? —susurré, obnubilado—Es la primera vez que hablo con una chica tan parecida a mí... ¡Es como si te hubieran hecho a medida!

—Es curioso. Pienso lo mismo de ti.

Sus ojos resplandecían en la oscuridad, pícaros. El corazón volvió a golpearme acelerado en el pecho. Carraspeé. Tenía la boca seca, pese a todo lo que había tomado.

—Ehh...es un poco tarde. Creo que en una hora el bar ya cierra. Yo me debería ir yendo, pero... ¿te gustaría venir conmigo? Caminamos y te acompaño hasta a tu departamento... Si querés, claro.

—Claro que quiero. —Kalina se puso de pie. Era casi tan alta como yo—. Vamos.

Me dio la sensación de que todos los hombres, y hasta algunas mujeres, se daban vuelta para mirarnos cuando abandonamos el bar.

Afuera la calle estaba desierta, y hacía bastante frío. Yo llevaba mi abrigo, y se lo ofrecí en una torpe muestra de galantería, pero ella lo rechazó. Pese a que solo tenía aquel vestido, la temperatura no parecía molestarla. "*No debe hacer mucho calor en Praga*", pensé.

Caminamos un rato en silencio. Yo estaba bastante nervioso, pese a lo tomado que iba, pero ella se veía de lo más calmada. Seguía sonriendo, con aquellos labios rojísimos y apretados.

—Eres muy simpático—me dijo de repente, tomándome por el codo. Sentí que la piel se me erizaba—. La he pasado muy bien platicando contigo.

—Sí...yo también.

Llegamos a una esquina, bajo la sombra de un enorme edificio. Sentía como mi nerviosismo crecía de a ratos. Seguía haciéndome la misma pregunta una y otra vez, aunque cada vez me importaba un poquito menos. "*¿Cómo puede ser que una chica así me esté dando cabida?*".

Kalina giró la cabeza hacia mí.

—Oh, puedo darte mucho más que eso.

La miré, desconcertado.

— ¿Cómo d...?

Kalina me besó.

Lo vi venir, pero aun así estaba tan sorprendido que me quedé paralizado unos segundos. Podía sentir una de sus manos deslizándose por mi espalda, la otra acariciándome suavemente la mejilla. De repente, me acordé como se hacía eso y le devolví el beso con ansias, con fuerza. Era increíble. No me podía creer que aquello estuviera pasando...pero sí, era real, lo más real del mundo. Y encima me había dicho que ella también vivía cerca del bar. Capaz, con un poco más de suerte...

De repente, los labios de Kalina se desplazaron de mi boca hacia mi mejilla, pasando luego hacia mi oreja. Se demoró un rato ahí, provocándome unos placenteros escalofríos. Yo ya no pensaba con demasiada claridad. Dejé que mis manos acariciaran la piel desnuda de sus hombros, de sus brazos. La sujeté con fuerza por las caderas, atrayéndola más hacia mí, pegando mi cuerpo al suyo. Llevé las manos hacia sus pechos cuando comenzó a besarme en el cuello, pero, de repente...dolor.

— ¿Kal...?

Kalina me mordió. No fue algo suave, como los tiernos chupetones que me había estado dando en el lóbulo; sus dientes se enterraron con violencia en mi cuello, perforando piel y carne. Puede sentir como algo caliente me corría cuello abajo, empapándome el pecho y la camisa. Me sacudí, espantado, pero no podía moverme. Los brazos de Kalina me

tenían inmovilizado con una fuerza monstruosa, imposible.

Me sentí desvanecer. Mis piernas flaquearon. El cuello me dolía de un modo atroz. Pude sentir como si los tejidos, las vértebras, las venas, incluso los músculos, fueran triturados, succionados, arrancados a la fuerza de mi cuello. Ya no veía. Iba a morirme.

Kalina me soltó.

Caí al suelo, rígido e indefenso como un bebé. Llegué a ver, apenas, unos zapatos negros de tacón pasando a mi lado. Alcé la mirada con un enorme esfuerzo, intentando hablar, pero ni siquiera eso podía. Kalina estaba de pie a unos dos metros, bajo la luz amarillenta de una de las luces de la calle. Su boca seguía roja, pero ya no sonreía. Me miraba, y recién ahí, bajo la luz del farol, pude notar aquello que me había llamado la atención en el bar. Sus ojos no eran marrones, ni ámbar, ni castaños...sino rojos, tan rojos como sus labios apretados y cubiertos de sangre. Estiré un brazo hacia ella. Los dientes me castañeaban. Tiritaba.

—Ayu...ayud...ayudam...

Todo se oscureció. No podía oír nada. ¿Había muerto? No...no aún.

Seguía vivo.

Desperté luego de lo que me pareció una eternidad, ahogando un grito de pánico. Miré en todas direcciones. Aún estaba oscuro. No había ni rastro de Kalina. Me puse de pie con dificultad, sujetándome el cuello. Tenía la piel cubierta de sangre a medio secar, pero, por algún motivo, la herida ya no me dolía. En ese momento me pareció lo de menos. Una loca me acababa de arrancar un pedazo de cuello. Era una suerte que pudiera levantarme.

Eché a caminar, tembloroso, balbuceando incoherencias. ¿Tenía fiebre? ¿Era la hemorragia? ¿O solo seguía en shock? Observé a mi alrededor, en busca de alguien, algo, lo que fuera que pudiera ayudarme. No había ni un alma en la calle.

— ¿Por qué? —murmuré, sujetándome el cuello—. ¿Por qué ella...?
¿Qué...qué carajo...?

"Tengo que llegar a casa".

Estaba cerca. Solo a unas cuerdas. Tenía que llegar, frenar la hemorragia y pedir una puta ambulancia. Doblé en una esquina, sujetándome a las paredes, y, entonces...la luz me cegó.

Me llevé las manos a la cara, intentando taparme los ojos. ¿Qué mierda estaba pasando? ¡Era de madrugada! ¡Aún no amanecía! Las estrellas se alzaban a mis espaldas, brillantes en el cielo, y sin embargo, por delante, el horizonte parecía envuelto en llamas.

Avancé a ciegas, cubriéndome la cara con el abrigo. No sé cuánto tiempo me llevó, pero logré entrar a trompicones en el edificio, refugiándome al fin de aquella luz imposible. La espera en el ascensor se me hizo eterna. De repente me sentía terriblemente mal. La piel me ardía. Sudaba. Temblaba tanto que todo el cuerpo se me sacudía con violencia. Unas náuseas espantosas me atenazaban el vientre, pero lo peor era la sed. Era como si tuviera la garganta recubierta de cenizas. Jamás había estado tan sediento en toda mi vida.

Entré a la desesperada en el departamento. La ventana del living estaba abierta. La luz inexistente de un amanecer al que aún le faltaban horas me cegaba. Cerré bruscamente la persiana, echando casi a correr hacia la heladera. "Agua. Agua. Agua..."

Me aferré a la botella con ambas manos, bebiendo con vehemencia. El agua me corrió barbilla abajo, mezclándose con la sangre. Pero la sed...la sed no se iba.

Caí de rodillas, bebiendo hasta casi ahogarme, entre toses y estertores. No se iba... No se iba... ¡No se iba!

— ¿Por qué...por qué? ¿Qué me...?

Una puñalada de dolor me atravesó el estómago. Me incliné sobre el suelo, vomitando el agua que acababa de beber. El dolor era cada vez peor, pero había algo...un... ¿un olor? Alcé la cabeza con brusquedad. La puerta de la heladera estaba abierta, y allí, frente a mí, estaba la bandeja con la carne que había puesto a descongelar. Un oscuro y primitivo instinto hizo que me abalanzara sobre ella. Tomé la carne cruda entre mis manos y la mordí; enterré mis dientes hasta desgarrarla, sorbiendo los jugos y la sangre con avidez. El dolor en mi estómago se redujo, la sed desapareció, reemplazada por la más dulce de las sensaciones, un éxtasis que jamás pensé que alguien pudiera ser capaz de experimentar.

Caí al suelo, boca abajo, con los labios y la barbilla empapados. No supe en qué momento exacto perdí la consciencia, pero cuando la recuperé ya era de noche; no de madrugada: de noche. Había dormido todo el día, y fue el golpeteo insistente en la puerta lo que me despertó.

—Hey, ¿estás? —preguntó la voz preocupada de Helena—. ¡Te mandamos un montón de mensajes!

—Dale, abrí—se sumó Cristian, irritado—. Trajimos cerveza y unos snacks.
¡El asado no se va a hacer solo!

Me llevé los dedos a la boca, palpándome los dientes. Los labios se me torcieron por sí solos en una sonrisa. Aún podía sentir el sabor crudo y metálico en la lengua.

—Sí...estoy. Ya voy.

Me puse de pie y abrí la puerta.

•

Upír

•

Capítulo 2

Frío

2 de noviembre

Caso Coen: imputan al principal sospechoso

El hombre sospechado de la desaparición de su ex pareja y que estaba investigado desde septiembre, fue detenido el viernes en su domicilio. Se trata del publicista Javier Luna, de 30 años, quien será imputado hoy por el presunto secuestro y asesinato de...

1.

Nunca me habían gustado los departamentos.

Crecí en los suburbios, en una casa pequeña y humilde, sí, pero con su terreno y su jardín propios, al ras del suelo, sin la constante contaminación de todos los que te rodean arriba y abajo en un piso a veinte metros de altura. Era lo correcto. Lo natural. Siempre he asociado la idea de una casa con la privacidad, con la tranquilidad de saber que estás en tu propio espacio, con tus propias reglas. Un departamento se me hacía artificial en comparación. Invasivo. Compacto. Una lata a la que ibas a dormir cuando tu día terminaba y en la que no podías empezar ni terminar absolutamente nada que pudiera molestar a tus vecinos, por más que ellos se tomaran todas las libertades para hacerle la vida imposible a uno.

Una casa.

Siempre quise tener una casa.

Por eso la idea de mudarme a ese pequeño chalet, tan lejos del centro, fue prácticamente irresistible. Me había separado de Gabriela luego de más de seis años juntos. Una puta tragedia. Al menos para mí. Nunca supe si para ella fue igual de duro. Dios sabe que perdoné muchas cosas, igual que ella, pero la traición...

No fue fácil, por supuesto. Discutimos un día. Y el siguiente. Al tercero hice una valija y me fui de la lata a veinte metros de altura que habíamos estado alquilando desde hacía casi cuatro años. Por suerte, gané la que para mí era una de las discusiones más importantes y pude llevarme a

Lucky. Una dulce victoria. Amaba a ese perro.

El chalet estaba a poco más de una hora del trabajo, pero no me importaba. Era un precio razonable a cambio de aquella casa. No era lo que se dice grande, una sola planta con dos dormitorios, un baño y un living-cocina. Pero tenía un jardín cerrado al fondo, con una parrilla y césped para que Lucky corriera, jugara e hiciera sus cosas.

Monté mi pequeño estudio en el dormitorio secundario. Tenía que ir a la oficina una o dos veces por semana, pero solía trabajar mucho desde casa. Era tan simple como conectarse y levantar las especificaciones que me iban llegando para los anuncios. Luego poner un poco de imaginación, con música de fondo, y los bocetos de las publicidades salían casi por sí solos. Siempre se me ha dado bien el diseño.

El dormitorio secundario era el lugar ideal para trabajar. Tenía el espacio justo, una ventana que daba al jardín y un escritorio. Era muy luminosa y también muy fresca. Era finales de primavera cuando me mudé, y ni siquiera tenía que usar el aire acondicionado.

A Lucky le encantaba el jardín. Se pasaba horas enteras jugando, a veces ni siquiera quería entrar a la casa a hacerme compañía, tenía que convencerlo. Era una suerte tenerlo conmigo. Pese a que me había jurado que la dejaría atrás, que pasaría página, extrañaba a Gabriela. La anhelaba. Que Lucky siguiera a mi lado era invaluable, pero el pobre también la echaba de menos. Solía estar muy triste. A veces lo oía lloriquear en un rincón y tenía que ir a mimarlo por un buen rato hasta que se calmaba. Así era al principio, al menos. Luego se volvió cada vez más arisco. Yo no entendía bien porqué. Comenzaba a ladrar durante varios minutos y se ponía a caminar en círculos, como un lobo encerrado en una jaula. También comía menos, así que lo llevé al veterinario. No tenía nada, me dijo, simplemente era estrés, lo cual era comprensible. Estaba en un ambiente nuevo, y debía extrañar a Gabriela tanto como yo.

El estrés también me estaba afectando a mí. En ocasiones había llegado a trabajar doce o trece horas por día sin ningún problema, pero por aquella época el trabajo comenzó a agobiarme de verdad. Estaba en mi pequeño estudio, bajo la ventana, de cara al sol del verano cayendo sobre el jardín, y de algún modo todo me parecía gris y lúgubre. Gabriela. Por supuesto.

Hasta la habitación se sentía más fría que de costumbre.

2.

Aquella noche dormía profundamente cuando algo me despertó. Un gruñido ronco y agresivo. Me senté en la cama, en medio de la oscuridad, mirando para todos lados. Eran pasadas las tres de la madrugada y el

gruñido me llegaba desde abajo. Era Lucky. Estaba al lado de mi cama, con la cola tiesa y los ojos clavados en la ventana. Raro, estaba seguro de que la había cerrado. Me levanté y miré hacia afuera. El frente y la calle estaban vacíos, ni siquiera soplaban viento.

—Tranquilo, Lucky—dije—. No hay nadie. A dormir.

Cerré la ventana y volví a acostarme. Lucky se quedó donde estaba, inmóvil, sin despegar la mirada de la ventana. Ya no gruñía, pero parecía inquieto.

— ¿Lucky? —Le di unos golpecitos al colchón, llamándolo—. Acá, conmigo.

Lucky me miró unos instantes, con la cola rígida entre las patas, y luego salió de la habitación.

Al otro día estuvo toda la mañana tumbado en el jardín, con aspecto triste. Yo tenía mucho trabajo, así que no pude ocuparme mucho de él. Me interné literalmente en el estudio durante todo el día. La empresa iba a sacar una nueva línea y necesitaba al menos dos borradores publicitarios de cada producto para finales de la semana. Estaba tan concentrado que tardé un poco en darme cuenta de que hacía frío. Era extraño. El verano había empezado hacía unos días. Hacía bastante calor afuera, pero el estudio se mantenía fresco. No es que me quejara, obvio, ni siquiera tenía que usar el aire acondicionado, pero al día siguiente tuve que salir del estudio e irme a trabajar al living: hacía tanto frío ahí que tenía la piel de gallina. Quizás hubiera algún problema de humedad o algo en las paredes. ¿Podía ser? No tengo ni idea de cómo funcionan estas cosas.

Anoté en uno de mis cientos de post-its llamar a alguien para que viniera a revisar la habitación, lo pegué en la heladera y me olvidé de ello. Tenía mucho trabajo por adelantar y poco tiempo para hacerlo.

Aún seguía pensando en Gabriela.

3.

Poco a poco hasta mis sueños comenzaron a reflejar mi estado de ánimo. A veces, durante el día, dejaba de trabajar y me quedaba quieto, mirando hacia la nada. Me sentía profundamente miserable, ansioso, sin siquiera saber por qué. Bueno, en realidad era bastante obvio. No necesitaba ir a un psicólogo para que me dijera que tenía una suerte de estrés post traumático. Fueron seis años, después de todo. Y la extrañaba. Como la extrañaba.

Durante la noche, sin embargo, cuando se supone que uno puede darse el lujo de descansar, las cosas eran incluso peores. Tenía sueños bizarros y

oscuros. A veces me levantaba casi gritando, con el corazón desbocado en el pecho, sin recordar del todo la pesadilla que me había despertado. Otras veces, las imágenes eran tan vívidas que me aterrorizaban. Atravesaba pasillos sumidos en la penumbra, tan fríos que la carne se me entumecía. Siempre había alguien al final del túnel, de pie en medio de una luz mortecina. Una mujer, de espaldas a mí. Solo podía ser Gabriela. La alcanzaba y la llamaba en llanto, pero cuando volteaba su rostro no era más que un manojo de sombras, sin rasgos, sin gestos. Entonces despertaba, sintiéndome igual de ansioso y miserable.

Pero de todos aquellos sueños el peor era el de la pared. Había ocasiones en que los pasillos terminaban en un callejón sin salida: un muro helado cubierto de escarcha. Era el fin del mundo. Estaba tan frío que mis dedos no podían tocarlo, se congelaban y quebraban antes de siquiera llegar a rozarlo. Ahí me despertaba, solo en una oscuridad que parecía asfixiarme.

Tomaba nota de estos sueños durante el día, en mis pocos minutos de descanso. Dibujaba bocetos del pasillo y de las sombras en mi cuaderno de notas, por inercia, sin detenerme a pensar en lo que hacía. A veces hasta me sorprendía de ver la oscura silueta al final del pasillo, tan ominosa y vívida como en mis sueños. ¿Yo había dibujado eso? ¿Y por qué hacía tanto frío? ¿Qué era ese ruido en el jardín?

Todos esos macabros dibujos terminaban en la basura, invariablemente. Nacían de mis sueños, de mi anhelo por volver a ver a Gabriela. Tenía que sepultarlo todo, anhelo, sueños y dibujos y ponerme a trabajar. Pero no era fácil. La extrañaba. A veces hasta me parecía verla en la casa. Lloraba en silencio, sentado en el sofá, dejando que Lucky apoyara su cabeza sobre mi regazo. Se veía tan desolado como yo. Es curioso. Nunca había llorado antes, ni siquiera el día que cerré de golpe la puerta del departamento, luego de la última y amarga discusión, alejándome para siempre.

Trabajar, seguir adelante con mi vida, olvidar. A eso se redujo todo. Pero no era fácil. Nunca lo era.

4.

Pasos.

Eso sí que me desconcertó.

Había estado oyendo ruidos raros en los últimos días, pero cuando uno se muda a una casa nueva, más a una que ya tiene sus años, es normal escuchar cosas. El crujir de algún mueble. El ruido que hacen las cañerías. El soplo del viento que se cuela por alguna ventana y sacude las puertas y

los cristales. Es normal. Pero, ¿pasos?

El albañil al que había llamado no podría pasar hasta la semana siguiente a revisar el estudio, así que ese día había mudado de nuevo mi estación de trabajo al living. Tenía los auriculares puestos, y me había sumergido en ese bendito trance que uno logra solo cuando está completamente absorto en su tarea. Ni siquiera prestaba atención a la música. Pero, de pronto, entre canción y canción, empecé a escucharlo. Pasos. Lentos, pausados, arrastrantes, desconcertantemente audibles. Parecían venir de afuera. Miré por encima del hombro, hacia la ventana que daba al jardín. Era un día espléndido. No había ni una nube en el cielo y hacía bastante calor. Me quité los auriculares y escuché. De nuevo. Pasos.

Me levanté, sobresaltado. Creo que estuve unos cuantos segundos inmóvil hasta que decidí que tenía que ir a mirar. Me acerqué a la ventana y contemplé el jardín. No había nadie. Lucky tampoco estaba ahí.

— ¿Lucky?—dije, mirando de izquierda a derecha.

No estaba por ninguna parte. Pero los pasos... Pegué un respingo cuando los escuché a un costado, dentro de la casa. Miré con los ojos muy abiertos hacia el pasillo que llevaba a los dormitorios. La luz estaba encendida, pero las paredes y el techo parecían impregnados de sombras. Me pareció que la lámpara parpadeaba un poco.

— ¿Quién está ahí?

Mi propia voz me sonó aguda y chillona, como la de un nene asustado. De repente me sentí como un imbécil. ¿Quién está ahí? ¿En serio? Nadie. Nadie estaba ahí. Estaba yo solo en la casa. Atravesé el pasillo, mascullando por lo bajo, y me asomé a la puerta del estudio. Estaba vacío, por supuesto. ¿Qué esperaba? Di media vuelta y me encaminé hacia el living, llamando a Lucky.

—Lucky, vení. ¿Dónde estás?

A mis espaldas, la luz del pasillo se apagó. Miré por encima del hombro, extrañado. La luz volvió a encenderse por sí sola. Eso no tenía nada de raro, claro. Un foco puede fallar de un momento a otro. Nada de extraño. Pero estaba seguro, muy seguro, de que había escuchado el chasquido de una tecla antes, casi como si...

Algo se movió a mi derecha.

Lo vi por el rabillo del ojo. Una sombra, como si algo me pasara por al lado. Luego oí el lloriqueo. Volteé bruscamente y vi a Lucky, escondido

debajo del sofá del living. Gimoteaba.

— ¿Lucky? Tranquilo, no pasa nada.—Me acerqué a él y me agaché, estirando la mano—. Vení conmigo, está todo b...

Lucky me lanzó una dentellada. Ni siquiera gruñó. Pegué un salto hacia atrás y caí sentado en el suelo, ambas manos apoyadas sobre la alfombra. Lucky me miró unos segundos, enseñando los dientes, desvió los ojos hacia el pasillo y salió corriendo. Yo me quedé sentado en el piso, anonadado. Tardé unos instantes en notar que la mano me dolía. Miré hacia abajo y vi la marca roja de los dientes, justo por encima de los nudillos. Delgados hilos de sangre gotearon sobre la alfombra.

5.

Antes, cuando era más joven, me había ocurrido despertar de repente en la noche y ver a una persona parada delante de la cama, observándome. Recuerdo que, la primera vez que me pasó, pegué un salto tan grande que casi me caí al suelo. Pasé las noches siguientes aterrorizado, temiendo ir a dormir ante la perspectiva de despertarme y ver ahí, de pie y sonriente, a un hombre o una mujer contemplándome. Estaba tan asustado que ni siquiera me atrevía a comentárselo a mis padres o a mis hermanos. No quería que me trataran de loco, o peor aún, asustarlos a ellos en su propia casa.

Sin embargo, varias semanas después, cuando desperté de noche y vi a un hombre arrodillado junto a mi cama, su cara a apenas centímetros de la mía, decidí que tenía que hablar con alguien. Junté el valor para planteárselo a mi familia y ver qué podíamos hacer, si llenar la habitación de sal gruesa, o contactar a un cura o a un médium como en las películas, o quemar la puta casa, lo que fuera. Pero, sorprendentemente, la suerte quiso que no hubiera necesidad de hacerlo.

El mismo día en que me había propuesto sacarme aquel peso de encima, vi un documental en la televisión, algo relacionado con la parálisis del sueño y otros trastornos similares. En él hablaban de las alucinaciones hipnopómpicas, visiones que muchas personas experimentan en el estado intermedio entre el sueño y la vigilia, o sea, cuando nos estamos despertando. El cerebro no comprende del todo que ya estamos despiertos, e imágenes de nuestros sueños pueden llegar a prolongarse unos segundos, pese a ya haber abierto los ojos.

El documental lo planteaba como algo sumamente común, que afecta aproximadamente al 7% de la población. Para mí, enterarme de que aquello existía fue una de las sensaciones más liberadoras que jamás he tenido. No estaba loco, ni estaba viendo fantasmas, era un simple

fenómeno que le ocurre a mucha gente.

Desde ese día, volví a dormir tranquilo, y, pese a que en alguna que otra ocasión volví a ver cosas al despertarme, no le di importancia.

Lo de aquella noche fue completamente distinto.

Solía bastar un leve parpadeo y unos pocos segundos para que las visiones se esfumaran como humo en el aire. Esa noche no fue así. Los gruñidos de Lucky, bajos y ásperos, volvieron a despertarme, y allí, en el marco de la puerta...estaba una mujer.

Era tan alta que su cabeza casi rozaba el dintel. Sus brazos, con manos de largos dedos, se me hacían anormalmente largos y delgados. Su silueta inmóvil me observaba fijamente. Tenía la cabeza ladeada hacia un lado, y si bien no podía verle el rostro, sumido en las sombras, sabía que me estaba mirando. Podía sentir sus ojos atravesándome desde la oscuridad.

Parpadeé varias veces, esperando que la silueta desapareciera en cualquier instante. No ocurrió. Lucky gruñía, mirando hacia la puerta con el pelo del lomo erizado, y yo comprendí de repente que estaba despierto. No estaba en ese desconcertante estado entre el sueño y la vigilia, no estaba sumergido en los pasillos de mis pesadillas...estaba despierto. Completamente despierto y consciente. Y esa mujer...esa sombra... ¿Era...?

"¿Quién...sos?"

Quise preguntarlo, pero no pude. Sentía como si una mano helada me estuviera estrujando las cuerdas vocales desde dentro. No podía moverme. Un frío gélido y cortante como una navaja me trepaba lentamente desde los pies hasta las ingles. Lucky gruñía. Comenzó a ladrar. Yo me arrojé al piso, de golpe, y encendí la luz de un manotazo. Por unos breves instantes, mi respiración agitada fue lo único que pude escuchar. No había nadie allí. Estaba completamente solo. Miré de un lado a otro, empapado en un sudor helado. Estaba solo. Lucky ya no gruñía, pero caminaba en círculos por la habitación, nervioso.

—No hay nadie—murmuré, intentando convencerme. Los labios me temblaban—. Nadie. Estoy solo.

Miré lentamente hacia la cama. Podía ver con toda claridad las marcas oscuras de mi propia transpiración en las sábanas. Volver a tumbarme ahí, solo en la oscuridad, se me antojaba inconcebible. Dejé la luz de la habitación encendida y agarré a Lucky por el collar. Cerré la puerta.

Esa noche, lo poco que pude dormir lo hice en el living, abrazado a Lucky. Tenía la mano vendada a causa de la mordida, pero no me importaba. Él

tampoco parecía querer separarse de mí. De tanto en tanto despertaba, ahogado, y miraba hacia la puerta de mi dormitorio, más allá de las sombras del pasillo.

No había nadie.

6.

Desperté, movido por un extraño impulso, antes de que amaneciera. El cuerpo rígido y frío de Lucky yacía inmóvil entre mis brazos. Estaba muerto. Muerto. Lo supe antes de levantarme espantado del sofá. Su lengua colgaba, inerte; sus ojos, opacos y lechosos, parecían observarme. Parecían suplicarme.

Me dejé caer de rodillas, llorando como un niño, abrazándolo con desesperación.

— ¡Lucky! ¡LUCKY!

Lucky no respondió. Me quedé abrazado a él durante lo que me parecieron horas, la frente sumergida entre su pelaje, ese que tantas y tantas veces había acariciado con ternura. Había sido mi regalo, mi regalo para Gabriela cuando apenas era un cachorro poco más grande que mi puño, un regalo para arreglar las cosas, para terminar con las discusiones y resentimientos que desde hacía tanto nos lastimaban. Su cuerpo estaba terriblemente frío, helado, pero no tenía ninguna herida, marca ni señal de daño. Simplemente estaba muerto; había muerto en el transcurso de unas pocas horas, de repente, sin motivo, sin razón.

— ¿Cómo...? ¿Quién...?

Afuera estaba oscuro. Pese a que algo dentro de mí me advertía que ya debería haber amanecido, todo estaba envuelto en penumbras.

Pasos.

De vuelta esos pasos a mi derecha, arrastrándose hacia el pasillo del estudio. Una sombra más profunda que las demás se movió en algún punto en la oscuridad. Las luces se encendieron. Luego se apagaron. Me levanté de golpe, enfurecido, apretando los puños.

— ¡¿Quién carajo sos?!—grité con voz entrecortada por la ira y el miedo—. ¡¿Qué querés?! ¡¿Por qué me hacés esto?!

La casa permaneció en silencio. Los pasos se volvieron más pesados, lentos, arrastrantes. Los oía alejarse por el pasillo.

— ¿Dónde estás?!

La casa permaneció en silencio.

Pero el frío, un frío abrumador y penetrante, llenó de pronto la estancia, impregnando el suelo, el techo y los muros. Se movía. La gelidez se desplazaba por la habitación hacia el pasillo como si tuviera vida propia. La seguí como un autómatas, sin pensar, movido por la rabia, la desesperación y una inexplicable sensación que me arrastraba hacia ella. Las sombras se hacían más espesas en el pasillo, el pomo de la puerta del estudio estaba frío como un trozo de hielo.

La abrí.

Fue como entrar en un frigorífico. Temblaba. Nubes de vaho blanco y espeso escapaban de mis labios. Y todo aquel frío, toda aquella oscuridad, se concentraba amorfa en una sola de las paredes. Me acerqué. Un olor leve pero persistente a putrefacción impregnaba el aire. Estiré lentamente una mano temblorosa, tocando la pared. Estaba tan fría que quemaba.

Sin detenerme a razonarlo, sin pensar siquiera, me dirigí al garaje. Había guardado allí las pocas herramientas que había comprado luego de aquellos cuatro largos años de convivencia...incluyendo una maza. Volví con ella al estudio y, sin importarme el frío, sin importarme el escándalo, comencé a golpear la pared. Gritaba, aullaba. Algo me impulsaba desde dentro, un frío incluso mayor que el de la habitación, algo que corría por mis venas como un torrente de nitrógeno líquido.

La pintura y el revoque saltaron en pedazos, revelando la endeble capa de ladrillos huecos que había debajo. El olor era cada vez más intenso, como bolsas de basura llenas de carne podrida. Los ladrillos cedieron con facilidad, un hueco cada vez más y más grande. Y entonces lo ví. Un immaculado vestido blanco sobre una piel aún más clara e impoluta. Había algo allí. Alguien. Los últimos restos de pared cayeron al suelo.

La mujer estaba apoyada contra el muro a sus espaldas, de pie, libre de la capa superficial de ladrillos que la había cubierto. Emparedada. La observé, incrédulo. ¿Cómo podía ser? Aquella mujer no parecía muerta. Su piel se veía tersa y rozagante, su cabello lacio y rubio brillaba con intensidad. Los párpados tiernos cubrían unos ojos que, daba la impresión, se abrirían en cualquier segundo. Era como si durmiera. Trastabillé un poco, presa de un repentino mareo. Sentía arcadas. El hedor se había vuelto insoportable. ¿De dónde venía? ¿Por qué hacía tanto frío? ¿Y por qué me dolía tanto la cabeza?

Me tambaleé, sujetándome con fuerza la frente. Mi cráneo latía, pulsaba, iba a estallar de dolor. Doblé una rodilla sobre el suelo, jadeante, alzando la mirada hacia aquella pálida y hermosa mujer. Ella abrió los ojos. Unos

ojos completamente negros, sin rastro alguno de brillo. Su mano retorcida salió disparada hacia mí como una serpiente, sujetándome por la muñeca. El frío trepó por mi brazo, devastador, absoluto, quemando mi piel, mi carne, mis huesos; trepó hasta alcanzar el hombro y...y entonces...

.

20 de noviembre

Caso Coen: macabro hallazgo en el ex domicilio de la víctima

...la policía se presentó en el lugar luego de que los vecinos reportaran un olor desagradable proveniente del número 302. En el domicilio fue hallado el cuerpo emparedado y en avanzado estado de descomposición de Laura Coen, desaparecida desde septiembre pasado, junto al cadáver del que se presume era el nuevo inquilino. Los análisis forenses deberán corroborar la identidad de la nueva víctima, hallada en la misma habitación con el brazo derecho cercenado y el rostro desfigurado más allá de cualquier posible reconocimiento.

Javier Luna, ex pareja y principal sospechoso del asesinato de Coen, quien ocupara el domicilio junto a ella dos años atrás, se negó a declarar al respecto. Las autoridades han comenzado a indagar la existencia de una posible relación entre ambas muertes. Todo parece indicar que la nueva víctima descubrió el cuerpo emparedado de Coen minutos antes de...

.

Frío

.

Capítulo 3

Alegorías y cavernas

La rutina de Rebeca era larga, monótona y aburrida. Pero necesaria.

Se levantaba todos los días al amanecer, apurada por la bota de su padre contra sus costillas. Claro que "amanecer" solo era una forma de decirlo. En el Refugio siempre era de noche. La única luz de su mundo era el frío foco halógeno en el techo, iluminando las paredes gélidas y húmedas que los protegían del Exterior. También estaban los otros focos, los fluorescentes, de bajo calor y con el espectro de luz necesario para las verduras.

La primera tarea de Rebeca era revisar los brotes en el área de cultivo. Se sentaba ante el mesón lleno de bandejas con tierra fresca y comprobaba el estado de tomates, zanahorias y legumbres, acomodando los focos fluorescentes a la altura justa. Los cultivos maduros iban a parar a los estantes de la pequeña cocina, a la espera del almuerzo o la cena.

—Al menos el agua no es un problema para nosotros—solía jactarse su padre, lleno de orgullo.

El Refugio contaba con una vieja bomba de agua que él mismo había instalado, un cilindro metálico con una palanca curva en su parte superior y una pequeña canilla de latón. Cada mañana, luego de revisar las verduras, Rebeca accionaba la bomba. El pozo era muy profundo, y a lo largo de los años había ido haciéndose más difícil. Pasaba horas enteras allí, llenando los baldes de aluminio con el agua justa para la semana, ni más ni menos.

Luego tocaba regar los cultivos y limpiar a fondo el Refugio. "No quiero ver ni una sola mota de polvo" amenazaba su padre. Rebeca obedecía, y, cuando terminaba, preparaba el almuerzo. Era su primera comida del día. Lujos como un desayuno eran impensables.

En las largas horas antes de la cena volvía a trabajar con los cultivos, remedaba las ropas de su padre y limpiaba un poco más. A veces, se quedaba mirando los desgastados escalones que ascendían hacia arriba, hacia la gruesa puerta de hierro negro. Su padre solía enfadarse cuando la atrapaba así, absorta en las escaleras.

—Sabes muy bien lo que te espera afuera si sales—le advertía en tono

lúgubre—. ¿Cuántas veces tengo que recordártelo?

Rebeca asentía en silencio y volvía a sus quehaceres. Su padre era el único que salía, pero se había vuelto demasiado peligroso. Lo hacía cada vez con menos frecuencia, cada dos o tres meses, vistiendo siempre su gastado traje de "astronauta". Rebeca siempre rezaba por su regreso. Pese a todo...era lo único que tenía en el mundo; su reducido mundo de hormigón, bombas de agua y luces fluorescentes.

Su padre volvía. Siempre volvía. Dejaba el traje de astronauta en un pequeño cuarto especial, para desintoxicarlo, y le mostraba lo que había traído. Focos de repuesto, linternas, pilas, medicamentos, latas de conserva...todo extraído de sótanos, depósitos subterráneos y otros Refugios, aquellos cuyos ocupantes llevaban ya mucho tiempo muertos. Las cosas del Exterior estaban demasiado contaminadas como para siquiera tocarlas sin la protección adecuada. En cierta ocasión le trajo un peluche. Un pequeño oso de felpa con un gran corazón rojo cocido en el pecho. Durante años fue su tesoro. Su amigo.

—Las cosas están cada vez peores ahí afuera... —mascullaba su padre, entre toses, quitándose cuidadosamente el traje—. Esa puta ceniza no para de caer. Ya casi no puede distinguirse la noche del día.

Rebeca recordaba cómo era el día. Tenía apenas siete años la noche que bajaron al Refugio, pero aún recordaba la luz del sol, el cielo azul y los árboles. Había sido tan feliz en la granja, correteando entre el maíz y el trigo, persiguiendo aves, cazando mariposas, jugando con su perro y sus amigos. Aún recordaba la voz dulce de su madre, llamándola para almorzar; recordaba sus manos suaves acariciándole la cabeza, alzándola en brazos. ¿Había pasado tanto tiempo?

—Extraño a mamá...—comentaba a veces, durante alguna cena en silencio.

Su padre torcía la boca en un gesto de rabia, pero, aun así, ella podía ver la profunda tristeza en sus ojos.

—Han pasado diez años, Rebeca. Déjalo ya.

—No puedo...

—Pues inténtalo.

— ¿Tú no la extrañas?

—Claro que la extraño.—Su padre parecía a punto de echarse a llorar—. Pero, ¿qué sentido tiene lamentarse? ¿Qué podemos hacer? Ella había ido a la ciudad esa noche. Estaba fuera cuando sucedió...no pude ir a

buscarla, no había tiempo. Tuve que traerte aquí abajo. Habríamos muerto si no lo hubiese hecho. ¿Lo entiendes?

Rebeca recordaba aquella noche. Era como un sueño. Se veía a sí misma en la cama, durmiendo. Veía a su padre entrando de repente en la habitación, su rostro alterado, confuso, la mejilla manchada de sangre. Veía como la levantaba en brazos, como descendían juntos al Refugio, cerrando la gruesa puerta negra para ya jamás volver a salir.

— ¿Lo entiendes?—volvió a preguntarle.

—Sí.

La mano de su padre cruzó la mesa como un látigo, dándole una cruel bofetada. Rebeca se cayó de la silla, llevándose el mantel, los platos y los cubiertos al suelo.

—Pues si lo entiendes no vuelvas a mencionarlo... —le dijo con odio, atragantado por la tos—. Ahora, sé una buena niña y levanta este desastre.

Rebeca obedeció. Formaba parte de su rutina. Obedecerlo. En todo. En todo lo que le ordenara, en todo lo que él quisiera.

Los días transcurrían. La rutina se repetía cíclica, infinita, una y otra vez. Levantarse al alba. Cosechar las verduras. Bombear el agua. Regar. Limpiar cada rincón del Refugio. Preparar el almuerzo. Asistir a su padre en lo que necesitara. Preparar la cena. Irse a dormir. El foco halógeno en el techo, sucedáneo de un sol que aún no olvidaba, marcaba el ritmo artificial de su vida.

—El cielo era azul—le susurró a su oso de felpa una noche, alzando apenas la voz por encima de los ronquidos de su padre—. El sol era cálido. Los pájaros cantaban en los árboles y las plantas crecían en el suelo, en la tierra, no en bandejas de plástico. Había gente, mucha gente. Tenía amigos... No hacía falta ninguna luz fluorescente, ni ninguna linterna, ni la bomba de agua. Todo era distinto. Todo era mejor.

Su padre le hablaba ahora del cielo negro y brumoso del Exterior, de la tierra muerta, de los árboles marchitos, de la lluvia de ceniza gris que envenenaba todo cuanto tocaba. Si estaba viva en esos momentos era gracias a él, que la cargó en brazos hasta el Refugio la noche en que todo sucedió, que cuidó de ella, que le enseñó poco a poco todo lo que necesitaba saber para sobrevivir. Debía ser agradecida.

—Debemos ser agradecidos—le dijo al peluche, intentando convencerse, intentando contener las lágrimas—. No importa lo que pase, no importa lo

que haga. Es papá. Debemos ser agradecidos.

Un día, el padre de Rebeca enfermó.

La tos que venía arrastrando desde hacía semanas se transformó en un silbido ronco y entrecortado que retumbaba en su pecho. La fiebre lo aquejaba. Estaba débil, pálido...y ya no podía salir al Exterior. Las verduras que con tanto esfuerzo cultivaban pronto comenzaron a escasear. Habían agotado las conservas. Rebeca estaba desesperada.

—Tengo que salir, papá—le dijo una noche, mientras le colocaba un trapo húmedo sobre la frente—. Tengo que salir al Exterior y traer comida, medicinas, tengo que...

—No—su padre la miró con una intensidad increíble tras sus ojos febriles—. Tú no sabes cómo son las cosas afuera. No puedes salir. No debes.

— ¡Tengo que hacerlo!—replicó ella, haciendo un enorme esfuerzo por no ponerse a llorar— ¡Estás enfermo! ¡Tengo que salir!

—He dicho...que...no...

—Papá...lo siento...pero no puedo obedecerte. —Rebeca respiró muy hondo, apretando el paño con delicadeza—. Estás demasiado débil. Si no salgo por medicinas pronto...algo puede pasarte. Debo hacerlo.

—No...

—Esta noche voy a ajustar tu traje a mis medidas, creo que puedo adaptarlo bien para...

— ¡NO!

Su padre se incorporó de un salto de la cama, cruzándole el rostro de un bofetón. Rebeca cayó bruscamente al suelo. Su cabeza rebotó contra el duro concreto, abriéndose la frente. Observó confusa la mancha roja bajo su cara, sintió el doloroso bulto punzante donde debía estar su ojo derecho.

— ¡Te quedarás aquí!—rugió su padre, su voz rota por la tos. Pese a lo débil que estaba, su figura se erguía sobre ella como la sombra de un gigante— ¡Me obedecerás! ¡No saldrás!—Se agachó y la agarró por el cabello, levantándola de un tirón—. ¡Harás lo que te digo!

Rebeca sintió que algo se rompía dentro de ella. Y ya no pudo contenerse.

— ¡Suéltame!

Lo empujó, sacándoselo de encima con una fuerza que no creía poseer. Su padre cayó de espaldas contra la cama. Se quedó allí, mirándola con la boca abierta, incrédulo.

—Rebeca...

— ¡No volverás a ponerme una mano encima!—lo interrumpió ella, gritando, hiperventilando—. ¡No volverás a darme órdenes! ¡Saldré si debo salir! ¡Lo haré!

—Voy a perderte... —susurró él. Las lágrimas le corrían por el rostro demacrado—. Te perderé igual que perdí a tu madre...

—Han pasado diez años, papá—le dijo, irónica—. Ya déjalo.

Su padre no parecía escucharla.

—Quieres abandonarme...a mí...que tanto te he cuidado, que tanto te he amado...

Rebeca soltó una carcajada histérica. Apretaba tanto los puños que la sangre comenzó a manar entre sus dedos.

— ¿Cuidarme? ¿Amarme? ¿Tú?—se llevó una mano a la camiseta, rasgándola de un tirón. Sus pechos quedaron al descubierto...y con ellos las marcas oscuras y amoratadas de unos dientes—. ¿Esto es cuidarme? ¿Esto es amarme? ¿Cómo...cómo te atreves?

Su padre se cubrió el rostro con las manos, como si no quisiera ver aquello. Entonces se levantó, casi de un salto, abalanzándose sobre ella. Por un instante, Rebeca pensó que volvería a golpearla, que se le echaría encima, inmovilizándola por las muñecas contra el suelo...pero no lo hizo. Pasó de largo a su lado, rumbo al pequeño cuarto donde guardaban y limpiaban el traje. La puerta se cerró bruscamente a sus espaldas.

Rebeca quería gritar, quería llorar, pero se contuvo. Se dejó caer boca abajo en su cama, apretando el rostro ensangrentado contra el colchón. No creía que pudiera volver a hacerlo jamás, pero, sin saber cómo, se quedó dormida.

La lámpara halógena en el techo marcaba el ritmo artificial del día y la noche.

Pero, aquel día, Rebeca no se levantó al alba. La voz áspera de su padre no la despertó. Abrió los ojos muchas horas después, confusa, adolorida.

— ¿Papá?

Se levantó con dificultad de la cama, sintiendo un dolor insufrible en el ojo derecho. La ceja se le había hinchado hasta adquirir un tono entre azulado y negro. Se aplicó presión con un trapo húmedo, y luego, con manos temblorosas, se cambió la camiseta desgarrada por una limpia.

Miró a su alrededor. El gran espacio rectangular del Refugio estaba vacío. Allí estaba el área de cultivo, con sus bandejas y macetas llenas de verduras. A un costado, las camas, la bomba y la pequeña cocina.

— ¿Papá?—volvió a preguntar, golpeando la puerta del baño.

No había nadie allí. Rebeca volvió la cabeza hacia la pequeña habitación donde guardaban el traje. El corazón le latía con fuerza. Una parte en lo más recóndito de su ser aún no podía creer lo que había hecho la noche anterior. Se acercó ansiosa a la puerta del cuarto.

—Lo siento, papá... —susurró, con la vista clavada en el suelo—. Lo siento mucho. Ha...hablemos. Tenemos que hacerlo. ¿Papá? ¿Puedes salir?

Rebeca golpeó quedamente la puerta con sus nudillos.

—Papá...sal por favor... Te lo ruego. Debemos hablar... —Tomó el picaporte y abrió la puerta—. Yo...

No hizo falta que entrara en la habitación. Se quedó de pie en el umbral, inmóvil, sus ojos alzados hacia el techo.

Los pies de su padre se balanceaban lentamente en el aire. Tenía el cuello ladeado en una extraña posición, casi como si quisiera salirse del cinturón que lo apretaba. Su rostro amoratado parecía observarla desde arriba, dolido, acusador.

Rebeca cayó de rodillas al suelo. No gritó, no lloró, no dijo nada. Se quedó allí, de rodillas, incapaz de apartar la mirada del cuerpo que colgaba de las tuberías. No supo cuánto tiempo estuvo así. ¿Todo el día y toda la noche? Tal vez. Siempre estaba oscuro en el Refugio. Pero ya no podía seguir allí.

Se alejó a trompicones de la habitación, medio corriendo, medio arrastrándose. Tomó el oso de felpa entre sus brazos y atravesó el Refugio, directo hacia los gastados escalones de concreto. Una vocecilla en su interior le advirtió que no lo hiciera. No podía salir así al Exterior, no sin el traje. Era la muerte. Pero Rebeca ya no pensaba. Quería huir.

Quería terminar con todo aquello de una vez y para siempre.

Subió los peldaños a tropezones, quitó los gruesos cerrojos de acero de la puerta, los cuatro que tenía, y la abrió de un tirón.

Rebeca se cubrió el rostro con el antebrazo.

No podía ver.

Todo era blanco.

Todo era...

Azul.

No supo exactamente cómo, pero logró avanzar unos pocos pasos sobre la hierba, abrazada a su peluche. Los sonidos la envolvían. Pájaros, cigarras, la brisa suave y refrescante. A su alrededor, los campos rebosaban de un trigo tan alto y dorado como la niña en su interior aún recordaba. Sobre su cabeza, inmensas nubes blancas cubrían un cielo tan azul que parecía irreal. Cuando alcanzó la sombra de un enorme roble, su copa cargada de miles de hojas verdes, se sintió desfallecer. Cayó sentada sobre la hierba, mirando a su alrededor con gesto ausente, apagado. Sus dientes castañeaban. Temblaba.

—Oye... ¿Estás bien?

Rebeca volvió bruscamente la cabeza. Un joven vestido con jeans, camisa y sombrero, la observaba con curiosidad. Llevaba guantes de trabajo, y una gran bala de heno bajo el brazo. Rebeca se llevó una mano a la boca. Sintió cómo su cuerpo se inclinaba, cómo su frente tocaba la hierba. Dejó caer el peluche. Y lloró.

.

Alegorías y cavernas

.

Capítulo 4

Rusalka

1.

Anton cerró la puerta a sus espaldas y atravesó corriendo el porche, perdiéndose tras la densa línea de árboles del bosque. Estaba oscuro, muy oscuro, y hacía frío, pero no le importaba. Se dejó caer de rodillas sobre la hierba, tapándose los oídos.

No había caso.

A sus espaldas, desde la casa, le llegaban los gritos desbordantes de ira, reproche y desprecio. Le pareció escuchar el ruido de un mueble al volcarse, quizás la silla donde Viktor estaba sentado. Luego, un cristal estalló. ¿Un plato esta vez? ¿Un vaso? ¿O la bandeja de porcelana donde su madre había servido la cena? Le había llevado tanto tiempo prepararla, había puesto tanto empeño al servirla... Él la había ayudado, seguro de que todo saldría bien esa noche, de que no volvería a sentir el miedo estrujando su corazón.

No era justo.

Cerró los ojos con fuerza, presionando aún más sus oídos. La noche era helada, pero las lágrimas se sintieron cálidas en sus mejillas cuando se echó a llorar.

—No es justo... —murmuró, sorbiendo por la nariz—. No es justo, mamá...

— ¿Por qué lloras?

Anton dio un respingo. Cayó sentado sobre la tierra, sus ojos increíblemente abiertos. Estaba muy oscuro, pero el rostro risueño y simpático frente a él parecía resplandecer en la penumbra.

— ¿Quién...quién eres?

La niña sonrió. Estaba acucillada ante él, las manos apoyadas sobre las rodillas. ¿De dónde había salido? ¡No había más que bosque tras su casa!

—Mi nombre es Ivalera. ¿Por qué lloras?

Anton no contestó. Estaba mudo de asombro. De repente se había percatado de la extraña, imposible, apariencia de aquella chica. Su piel

era blanca y perlada, tanto que casi brillaba en la oscuridad. Igual impresión le daban sus cabellos dorados y sus ojos, de un intenso verde musgo, los cuales lo observaban llenos de infantil curiosidad. Un extraño vestido de hojas y ramas la cubría del cuello a las rodillas...pero lo que Anton no podía dejar de mirar eran las enormes alas de mariposa que sobresalían a sus espaldas, plateadas, translúcidas. Las movía intermitentemente, como un cachorrillo meneando la cola ante su dueño. Anton estaba paralizado.

— ¿Qué...qué eres? —balbuceó, reformulando la pregunta.

La niña alzó una ceja, divertida.

— ¡Vaya modales, pequeño humano! ¿Cómo reaccionarías si alguien te preguntara a ti qué eres?

Anton se quedó callado, mirándola. No sabía qué decir.

—Mi nombre es Ivalera—repitió la niña, alzando un dedo—. Y soy una rusalka.

¿Rusalka?

¿Una...*rusalka*?

— ¿Un hada de los lagos? —preguntó Anton, incrédulo—. ¿Cómo las de los cuentos?

—Sí, de los lagos y de los bosques. Así nos llaman a veces. ¿Y a ti, pequeño humano, cómo debo llamarte?

—A...Anton.

—Un bonito nombre, Anton. Mucho gusto.

La niña le extendió una mano, sonriente. Anton le miró los dedos. Eran largos y delicados, con unas uñas nacaradas y afiladas como zarpas. Alzó la vista hacia sus ojos verde musgo, sin atreverse a darle la mano. ¿Era real lo que estaba viendo?

— ¿Eres un amigo imaginario? —le preguntó.

Había escuchado a los adultos decir que, en ocasiones, los niños tenían amigos imaginarios. Él nunca había tenido uno, y, hasta dónde sabía, sus compañeros de clases en la ciudad, tampoco.

Ivalera volvió a alzar una de sus finas cejas rubias.

— ¿Un amigo imaginario?

—Sí, he oído que...

La niña le dio un bofetón de revés en la cara. Anton estuvo a punto de caerse de espaldas al suelo.

— ¡Oye! —exclamó furioso— ¿Qué haces?

— ¿Eso te pareció imaginario? —se rio Ivalera.

—Bueno...—Anton se acarició la mejilla, desconcertado y divertido—. No. Creo que no.

— ¡Así me gusta! Y ahora dime, Anton. ¿Por qué lloras?

— ¡No estoy llorando!

—Estabas hace unos segundos.

—No...no quiero hablar de eso.

Se oyó un nuevo ruido en la cabaña. Más cristales. Ivalera frunció la carita, acariciándose el mentón con un largo dedo nacarado.

—Ya veo. ¿Problemas en casa?

—Te lo dije, no quiero hablar de eso...

—Como quieras. —La rusalka se puso de pie, desplegando sus hermosas alas. Anton la observó, maravillado—. ¿Jugamos entonces?

— ¿Jugar?

—Es mejor que llorar, ¿no?

—Sí...—Anton sonrió—. Creo que sí.

— ¡Anton! ¿Dónde mierda te has metido? ¡ANTON!

El niño se dio vuelta. Una silueta caminaba de un lado a otro en el porche, furiosa. Anton bajó la vista.

—Lo siento...pero no puedo jugar ahora. Debo ir a casa. Ya es hora de

irme a la cama. Mañana tengo que levantarme temprano.

—Ya veo. —Ivalera observó interesada hacia el porche—. Bueno, estaré aquí si quieres jugar conmigo mañana.

— ¿En serio?

—No hay muchas casas en esta zona del bosque. —El hada se encogió de hombros, un gesto desconcertantemente humano—. Y los animalillos, los árboles y las aves son bastante aburridos. Será bueno hablar con alguien para variar. ¿Qué dices?

Anton sintió que sus labios se curvaban en una tímida sonrisa. Asintió, secándose las lágrimas con la manga.

—Me encantaría.

2.

—Torre come a alfil—dijo triunfal Ivalera, moviendo la pieza sobre el tablero—. Y... ¡jaque!

Anton frunció el ceño, cargando el mentón sobre la palma de su mano. La tierra del bosque se sentía helada bajo la capa de escarcha que comenzaba a cubrirla, pero toda la atención del niño estaba puesta en el pequeño tablero a cuadros. Movié al rey hacia una posición segura, soltando un suspiro de fastidio.

—No me imaginaba que las rusalkas supieran jugar al ajedrez—dijo.

— ¿Qué, acaso piensas que los seres humanos tienen el monopolio de los juegos de ingenio?

— ¿Monopolio? Creo que escuché esa palabra el otro día en la escuela...

—Caballo a torre.

—No se te da mal esto...—murmuró Anton, lamentando la pérdida de otra pieza. Creía llevar la ventaja hasta hacía unos momentos, pero la chica de ojos verdes era tan buena como él, mínimo.

—A ti tampoco se te da mal. Eres bueno—contestó ella, casi como si le leyera la mente—. Supongo que debes tener práctica, jugando con otros niños en tu escuela de humanos.

—Pues...la verdad no. —Anton se revolvió, incómodo—. Los chicos de la

escuela...ellos se burlan de mí por jugar al ajedrez.

— ¿En serio? Cretinos.

—No sé... Supongo que no es muy común que a los niños de once años les gusten estas cosas.

—Patrañas. Debes tener algún amigo al que le guste jugar. ¡Después de todo, el ajedrez es el rey de los juegos!

Anton movió su reina en silencio, la vista clavada en las piezas.

—No tengo muchos amigos.

Ivalera lo contempló unos instantes en silencio. Sonrió tiernamente, tomando su torre.

—Pues ahora tienes una amiga. Y puedes jugar al ajedrez conmigo cuando quieras. Y ya que estamos... ¡Jaque mate!

— ¿Qué? —Anton miró perplejo a su rey— ¡No!

—Pues sí. ¡Mate!

—Mierda...—Anton derribó al rey con un su dedo índice—. Deberíamos jugar a otra cosa.

— ¿A las escondidas? —Ivalera se puso de pie, estirándose como un gato. Las alas a sus espaldas se abrieron con elegancia, translúcidas y argénteas como un rayo de luna. Anton no pudo más que admirarla.

—Ehhh...creo que ya está muy oscuro para las escondidas. Ojalá pudiéramos ir a casa... ¡Tengo muchos juegos en la computadora que te encantarían!

Ivalera movió sus alas, curiosa.

— ¿Computadora?

—Sí. Videojuegos, ya sabes. —Anton sonrió—. ¡Tengo muchos! Mis favoritos son los RPG's fantásticos. Estoy jugando a uno genial ahora. Tiene elfos, magos, enanos, ioh, y también rusalkas! Viven en los lagos y en los bosques, y tienen alas, como tú. Pueden conseguirte ingredientes para pociones, y ayudan a los hombres si...

—Anton...— Ivalera le sonrió dulcemente, mostrando unos dientes un tanto más agudos y afilados de lo normal—. ¡No tengo ni la menor idea de

lo que me estás hablando!

—Oh, qué lástima... Me encantaría mostrártelo, pero...no sé cómo reaccionarían mamá y Viktor si te vieran...

— ¿Viktor? ¿Tu papá se llama así?

—No. Él...él no es mi papá.

—Ya veo.

Se quedaron callados unos segundos, mirándose. Anton carraspeó.

—Lo siento...se está haciendo tarde...y le había dicho a mamá que la ayudaría con la cena hoy.

—Claro, claro, ve. Oh, y Anton... —Ivalera lo abrazó, dándole un suave beso en la mejilla—. No te preocupes. Todo estará bien.

Anton se quedó muy quieto, sintiendo las pequeñas manos sobre sus espaldas. Alzó torpemente las suyas, devolviéndole el abrazo. Podía sentir la fragancia del cabello del hada; estaba húmedo, como si recién saliera del agua, y olía a flores, a hojas, a rocío.

—S...sí—tartamudeó—. Todo está bien. ¿Nos...nos vemos mañana?

—Nos vemos mañana.

Anton observó al hada desaparecer entre los árboles. Su piel, su vestido de hojas y sus cabellos refulgían con un tenue destello plateado en la oscuridad. Alzó una mano, saludándola, y luego corrió alegre hacia la casa en los límites del bosque, con el estuche del ajedrez bajo el brazo. Sentía el pecho hinchado de alegría como hacía tiempo no le pasaba. Atravesó el porche a la carrera, ingresando como una tromba en la cocina.

— ¿Mamá? —llamó—. ¡Aquí estoy! ¿Te ayudo con la cena?

Su madre no estaba en la cocina, ni tampoco en el living. Una parte muy dentro suyo supo al instante donde la encontraría, incluso antes de escuchar los sollozos. Subió las escaleras con el corazón en un puño, asomándose al dormitorio.

Su madre estaba sentada en la cama, llorando. Se cubría el rostro con las manos, pero era imposible ocultarlo. Anton pudo ver las marcas negras en torno a los ojos y en el pómulo.

—Mamá...

Estiró una mano hacia ella, aturdido. Como tantas otras veces, no sabía qué decir, no sabía qué hacer. Su madre lo vio de repente, parado en el umbral. Se levantó, lívida, y le cerró la puerta en la cara.

Anton se quedó allí, de pie, inmóvil en el pasillo. No sabía qué decir. No sabía qué hacer.

3.

La tarde de juegos se había convertido poco a poco en un bello ritual. Prácticamente todos los días, cuando el sol comenzaba a ocultarse, Anton corría hacia los límites del bosque a reunirse con Ivalera. A veces, llevaba su tablero de ajedrez, o el de damas, o su mazo de naipes. Otras, jugaban a las escondidas, juego que la pequeña hada parecía amar más que ningún otro. Anton también improvisaba rayuelas sobre la nieve, enseñándole las reglas a la siempre curiosa rusalka.

En otras ocasiones, simplemente hablaban. Hablaban durante horas enteras. Anton abría su corazón como nunca había hecho con nadie en su vida, y ella lo escuchaba, lo acompañaba; estaba allí sin pedirle nada a cambio.

La reunión anterior a aquella noche, luego de que Anton lograra al fin vencerla, se habían prometido que jugarían una nueva partida de ajedrez. Pero el niño no apareció hasta varias horas más tarde.

Ivalera lo esperaba con los brazos en jarras, sus alas sacudiéndose enérgicas. Un gesto de desaprobación latía en sus grandes ojos verdes.

— ¡Llegas tarde, Anton! —le reclamó, inflando las mejillas—. ¡Me prometiste la revancha ayer! ¡Espero que estés listo para...!

El hada calló. Anton caminaba con la cabeza gacha, los hombros encorvados hacia adelante. Ivalera se inclinó un poco, intentando verle la cara.

— ¿Anton? ¿Estás bien, Anton?

— ¿Te parece que estoy bien? —estalló él, alzando la cabeza.

El precioso rostro de Ivalera se contrajo en una mueca de dolor. El ojo derecho de Anton era un hoyo negro y tumefacto, hinchado como una manzana. Su labio inferior, partido, no dejaba de sangrar.

— ¡Anton! ¿Qué te ha pasado?

Él no contestó. Se dejó caer al suelo, abrazándose las rodillas. Sus hombros temblaban al ritmo sordo de las lágrimas. Ivalera se acuclilló a su lado, igual que el día en que se conocieron. Apoyó una mano sobre su hombro. No dijo nada. Y eso estaba bien. Anton no necesitaba palabras en ese momento. Necesitaba que lo escucharan, que lo entendieran. Necesitaba un amigo. Aquel que nunca había tenido ni en su casa ni en la escuela.

—Mamá era feliz antes—sollozó—. ¡Éramos felices! Me encantaba verla sonreír cuando tocaba el piano, cuando preparaba el desayuno, cuando me abrazaba. Dejó de sonreír cuando papá se fue, y luego, cuando vino Viktor, creí que había vuelto a ser feliz...pero estaba equivocado.

Anton se quedó callado unos segundos. Su cuerpo se sacudía con violencia. Ivalera apoyó la cabeza sobre su hombro, acariciando su mano con sus largos y afilados dedos.

—Nunca sé qué decir, nunca sé qué hacer, pero anoche...anoche no quise dejar que mamá estuviera triste... ¡No quise dejar que sufriera otra vez!
—Levantó el rostro, para que pudiera ver bien sus labios partidos, el cardenal tumefacto en su ojo—. Pero no lo logré. No lo logré...

El hada lo abrazó. Lo atrajo hacia ella, susurrando palabras dulces a su oído, dejando que llorara, que gritara, que expulsara toda la hiel de su interior. La luna brillaba muy alta cuando Ivalera, bajo el soplo helado de la brisa, dijo:

—Huye conmigo al bosque.

Anton la miró.

— ¿Qué?

—Huye conmigo al bosque—repitió ella—. Déjalo todo atrás. Déjalos a todos atrás. No han hecho más que lastimarte, aquí en esta casa, y en esa escuela en la ciudad. Déjalos. Huyamos.

Anton se la quedó mirando, desconcertado. Una parte de él quería hacerle caso; quería tomar la mano que le ofrecía y desaparecer para siempre en el bosque. Pero esa no era una salida. No podía hacerlo. No podía abandonar a su madre.

—No puedo hacerlo...—susurró—. No puedo.

— ¿Estás seguro?

— ¡No! ¡No lo estoy! —sollozó Anton—. Pero no puedo...no puedo...

Ivalera no dijo nada. Se quedó abrazada a él, acariciando sus cabellos, durante lo que parecieron horas. Cuando la silueta iracunda apareció en el porche, llamándolo a gritos, el hada lo sujetó por las mejillas, mirándolo a los ojos con sus orbes verdes como el musgo.

—Anton... ¿Qué puedo hacer?

Él no pudo sostenerle la mirada.

—Nada, Ivalera... No hay nada que nadie pueda hacer.

4.

Anton apenas durmió esa noche.

Era el primer día de un fin de semana largo. Su madre aprovecharía para ir a la ciudad a hacer la compra de todos los meses, quizás anhelando la oportunidad de alejarse de la casa. Viktor, en cambio, se quedaría a reparar la pared de la cocina que habían estropeado durante su última discusión. Anton no recordaba si había sido un plato, o una silla, o la bandeja de acero con el almuerzo...pero ¿qué importaba?

Su madre estaría durante horas afuera. Y él debía quedarse allí con Viktor, a solas, ayudándolo.

Sentía náuseas de solo pensarlo.

No podía dormir.

El sueño le llegaba intermitente, mezclado con visiones confusas de Ivalera. Su dulce voz le pedía que escaparan juntos, que dejaran a todos atrás, perdiéndose para siempre en las profundidades del bosque. Dormitaba durante minutos apenas, pero que aun así se sentían como eternidades. Luego despertaba, aterrado, empapado en sudor, contemplando la imagen de su madre que lloraba desconsolada, el rostro destrozado oculto entre sus manos.

El sol ya había salido cuando logró dormirse de verdad. Una terrible equivocación. Estaba rompiendo las reglas, no se estaba portando bien. Debía levantarse temprano, a la hora que Viktor siempre les exigía tanto a él como a su madre.

Y, sin embargo, el puño de Viktor no lo despertó.

Anton abrió los ojos sobresaltado, observando por la ventana. Era de día. El sol brillaba en su cénit. ¿Cuánto había dormido? ¿Por qué no estaba ayudando a Viktor con la pared? Bajó las escaleras en pijama, observando ansioso hacia la cocina. Un resplandor rosado, efecto de la luz blanca del mediodía contra los muros y suelos níveos, parecía provenir de allí.

— ¿V...Viktor?

—Hola, Anton.

Anton se detuvo en seco. Quiso hablar, pero no pudo. Quiso apartarse, pero sus pies se habían convertido en plomo. El brillo rosáceo que había visto desde las escaleras, tenue en el umbral de la cocina, provenía de la luz reflejada en la sangre que empapaba muros, suelos y techo.

Anton sintió el amargo sabor de la bilis trepando por su garganta. Se llevó la mano a la boca, intentando retener las náuseas. No pudo.

Toda la cocina estaba salpicada de un rojo brillante y goteante que parecía engullirlo todo. Las herramientas estaban desparramadas por el suelo en un caos metálico, destornilladores, sierras y martillos; era como si flotaran en aquel mar escarlata. Anton vio un brazo, justo junto a sus pies descalzos. Una pierna yacía más allá, los músculos desgarrados y el hueso blanco y triturado sobresaliendo del muñón.

El cuerpo decapitado descansaba en el centro de la estancia, con el estómago abierto en un amasijo de anguilas carmesíes; y allí, sentada con las piernas cruzadas sobre el torso, estaba Ivalera. El hada lo miraba directo a los ojos. Tenía algo entre los brazos, como si acunara un bebé, algo redondo y ensangrentado. Anton pudo distinguir un mechón de cabello, un ojo, unas encías con apenas un par de dientes.

—I...Iv...Iva...

—Listo. Ya está hecho. —La rusalka sonrió, mostrándole unos dientes agudos y afilados—. Ahora ya no tienes por qué tener miedo, Anton. No debes preocuparte. Estás a salvo.

Estaban a salvo.

Y así lo encontró su madre, horas después, cuando regresó de su visita a la ciudad.

La mujer, con su rostro gris y demacrado, cubierto por unos cardenales ya amarillentos, abrió la puerta con gesto inexpresivo. Avanzó a través del living, extrañada ante el silencio sepulcral que reinaba en la casa. Llamó a

su esposo y a su hijo, una, dos veces. No obtuvo respuesta...pero cuando alcanzó al fin el umbral de la cocina, deseó jamás haberla tenido.

Las bolsas de la compra cayeron al suelo, derramando su contenido sobre las baldosas recubiertas por el tenue reflejo rosa. El estruendo de frascos y botellas al romperse no consiguió amortiguar el grito de espanto que retumbó entre los muros.

Anton, sentado sobre los restos de su padrastro, con la cabeza acunada entre sus brazos, volvió sus ojos verde musgo hacia ella.

—Listo. Ya está hecho. Ahora ya no tienes por qué tener miedo, mamá. No debes preocuparte. Estás a salvo.

▪

Rusalka

▪

Capítulo 5

Cecil

Un día decides.

Resulta que un día decides.

Decides que has tenido suficiente de la crueldad de tus compañeros, de la total falta de empatía de los profesores, de la fría indiferencia de mamá y de las miradas cargadas de desprecio de papá.

Decides que ya has tenido suficiente de lo que todos esperan de ti, de lo que te imponen, de la insoportable sensación de asfixia que te agobia al enfrentar el mundo cada mañana.

Decides que ya has tenido suficiente de la puta medicación, del ritual diario de las píldoras para desayunar y de las pastillas para cenar.

Lo odias.

Así que huyes. Te vas. Desapareces una noche con lo poco que puedes cargar en una mochila; te marchas a un lugar donde nadie te conozca ni te quiera conocer. A morir. A vivir.

Destino incierto. Cuanto más lejos mejor. Dormir donde se pueda. Y aquel hotel, justamente, no era la opción que alguien en su sano juicio hubiera elegido. Elisa no lo sabía entonces. Quizás se dejó seducir por los módicos precios, o por la imponente recepción, inmensa, elegante, de corte victoriano. Pero allí se terminaba todo rastro de opulencia.

El edificio se alzaba en los límites de uno de los barrios más sórdidos y conflictivos de la ciudad. Lo habían construido a mediados de los años veinte, con la intención de convertirlo en un establecimiento de lujo. Pero el transcurso del tiempo y la creciente miseria truncaron toda aspiración de grandeza. Muchas cosas habían pasado en ese hotel. Demasiadas. La clase de cosas que uno preferiría no saber.

Elisa no conocía ninguna de esas historias. Estaba allí porque necesitaba un lugar para pasar la noche, y era lo mejor a lo que podía aspirar con el poco dinero que había robado. Quizás ni siquiera así: luego de casi una semana, había decidido que se largaría esa misma tarde, escabulléndose por la recepción. Solo necesitaba volver por sus cosas al mísero cuarto

que le habían dado, en uno de los últimos pisos.

Pero algo la inquietaba.

Elisa se detuvo a mitad del pasillo, sin saber bien por qué. Paseó su mirada por el ancho corredor. Resultaba extraño, pues, aun estando todas las luces encendidas, un halo gris de penumbra se pegaba como una mancha a los muros, empapándolos.

Elisa avanzó apresurada, echando miradas ansiosas por encima del hombro. Las paredes agrietadas y desvaídas, arruinadas por la humedad, se cernían sobre ella con todo el gélido peso del edificio. Había algo extraño. El hotel entero le había parecido escalofriante desde el primer día, pero aquel pasillo...

Centró la mirada, caminando a un ritmo al que poco le faltaba para transformarse en una carrera. El ascensor aguardaba más adelante. Estaba lejos. Demasiado lejos. ¿Siempre había sido así de largo aquel pasillo? Las lámparas parpadeantes, repartidas en prolijos intervalos, parecían extenderse por kilómetros enteros hacia las remotas puertas de metal. Elisa se mordió con fuerza los labios. Llamó al ascensor, presionando repetidamente la tecla.

Esperó.

A su derecha, el pasillo se extendía como un túnel negro, la distante boca más oscura aún. Las luces en el techo eran apenas un tenue resplandor que moría antes de alcanzar el suelo.

El ascensor no llegaba. El botón titilaba en inerte silencio, marcando la espera con la burla de un cronómetro.

Así, mientras la ansiedad la carcomía, Elisa creyó ver algo en la lejana boca del túnel. Un movimiento irregular. Una sombra retorciéndose entre las sombras. No lograba distinguir qué era... pero se acercaba. Podía sentirlo.

Cerró los ojos, tapándose los oídos.

«No es real, lo sabes, no es real. No es real, no es real, no es real, no es real, no... es...»

El elevador resonó con un estruendo en la caverna del pasillo. Elisa entró atropelladamente, presionando el botón de su piso.

No sucedió nada.

Volvió a apretarlo, una, dos veces.

La puerta del elevador seguía abierta, como si una mano invisible la retuviera.

Pasos. De pronto oía pasos. Lentos, pesados, arrastrándose con lentitud por las desvencijadas baldosas del corredor.

Elisa presionó todos los botones, desesperada. No le importaba qué piso, solo quería largarse de allí.

El ascensor no se movió.

Los pasos sonaban cada vez más próximos.

Elisa apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas. Asomó la cabeza, apenas, observando hacia el pasillo.

Vacío.

Ni un alma.

Pero las luces...

La primera lámpara, a lo lejos, en la entrada del túnel, se apagó. Una sección de la caverna quedó sumida en una penumbra impenetrable... y luego otra. Y otra. Y otra... Las luces se extinguieron en una espantosa e inexplicable sucesión. La oscuridad avanzaba por el pasillo, lenta pero segura, como si un enorme animal se arrastrara hacia ella, cubriendo el mundo con su sombra. Los pasos se oían cada vez más cercanos, y había algo en el aire... Un sonido. Un chillido tan agudo que prácticamente escapaba al rango de audición humana.

Elisa cubrió con más fuerza sus oídos, refugiándose en el ascensor. Volvió a presionar todos los botones, aporreándolos, golpeándolos con el puño. La puerta seguía abierta.

La última luz del pasillo se apagó. Los pasos retumbaban como los ecos de un trueno contra las ventanas; el agudo chillido mutó a un lamento desgarrador, inhumano. La luz trémula del ascensor comenzó a parpadear, sacudiéndose. Elisa se dejó caer al suelo, cubriéndose la cabeza con ambas manos, gritando ella misma a su vez.

En ese momento, la puerta se cerró.

El elevador se puso en marcha.

Silencio. Segundos como horas sumidos en un bendito silencio.

Elisa se levantó a trompicones. El corazón le latía con tanta fuerza que el pecho le dolía. Estaba mareada. Miró a su alrededor, tiritando. El elevador ascendía suavemente, a un ritmo casi relajante. La luz del techo, a un metro de su cabeza, resplandecía inocentemente.

Elisa cargó el hombro contra una de las paredes, levantando la mirada hacia el espejo.

Y la vio.

Estaba parada justo detrás suyo, una sombra alta, retorcida, informe. Un frío abrumador la atravesó como la hoja de un cuchillo.

—No es real... —susurró Elisa, sin atreverse a voltear, sintiendo el ardor de las lágrimas en sus mejillas—. No es real... No es real... No es real...

Gritó cuando unos dedos fríos como la muerte se cerraron sobre su cuello.

•

Cecil

•

Capítulo 6

Bruja

El cielo era del color del plomo aquel mediodía, una cúpula inusualmente oscura, como si el mismísimo sol quisiera apartarse de lo que iba a suceder allí. La llovizna caía tenue sobre la pequeña plaza del pueblo, recubriendo los adoquines con una viscosa y resbaladiza película. La multitud, impaciente, se aglomeraba de a cientos en torno al cadalso, coronado por la gran Cruz Verde del Santo Oficio.

Un fraile rezaba en silencio junto al alto poste central, donde la muchacha, atada, contemplaba en silencio a la turba. El verdugo la observaba bajo la sombra de su capucha negra, esperando a que el secretario inquisitorial terminara de anunciar la sentencia.

—...acusada de participar en varias ocasiones del aquelarre, de realizar sacrificios y venerar al diablo en innumerales ritos oscuros... —El secretario la señaló con un amplio movimiento del brazo—. Se declara a sí misma culpable tras el interrogatorio, pero habiéndose negado a dar los nombres de sus hermanas y hermanos brujos que la acompañaron y asistieron. Por tales actos, el tribunal del Santo Oficio la ha encontrado culpable de herejía, entregándola aquí a las autoridades reales para que ejecuten la sentencia. Que así sea.

El secretario dio media vuelta, haciendo bailar los pliegues de su túnica oscura. Hizo una seña al ejecutor, quien alzó su antorcha. El fraile, un muchacho delgado de aspecto nervioso, se adelantó un paso.

—Señor secretario... por favor permitidme hablar una última vez con la muchacha.

—La bruja no abjurará, padre. —El inquisidor soltó un resoplido—. Perdéis el tiempo.

—Todas las ovejas, incluso las más descarriadas, merecen la oportunidad de regresar al redil.

—Esta ya ha tenido más de una oportunidad. —Observó a la chica, haciendo una mueca—. Pero como queráis. Ya sea la hoguera o el garrote, no hace ninguna diferencia. Obrad rápido.

El fraile asintió. Se situó ante la joven, que miraba a la muchedumbre con ojos apagados, ausentes, como si no estuviera allí. El chico tragó saliva al contemplar la increíble belleza de aquel rostro pálido, delicado, de cabellos

lisos y negros como ala de cuervo. La llovizna, cada vez más fuerte, parecía formar un halo brillante en torno a su cabeza, enmarcando unos ojos azules y brillantes como el topacio. El fraile se acercó, hablándole en murmullos.

—Muchacha, muchacha, ¿me oyes? Mira hacia allí. ¿Ves al verdugo? ¿Ves su antorcha? —La chica no dio señales de haberlo escuchado—. Si no abjuras te quemarán viva. ¿Eres consciente de lo que eso significa? Por favor hazlo. Vuelve al seno amoroso del Señor y evítate este sufrimiento. Evítate una muerte tan cruel. Por el amor de Dios... hazlo.

La chica no dijo nada. Ni siquiera lo miró. Sus ojos recorrieron lentamente la multitud, deteniéndose en el secretario del Santo Oficio. Las comisuras de sus labios se torcieron, los ojos se le encendieron como las llamas que la aguardaban. Odio, supo el sacerdote. Desprecio.

—Muchacha...

La joven volvió el rostro hacia él. El fraile dio un respingo. Un candente resentimiento ardía en lo más profundo de aquellos estanques añiles. La chica apretó los labios. No dijo nada.

—Es suficiente, padre. Habéis hecho todo lo que estaba a vuestro alcance. —El secretario apoyó una mano sobre su hombro, negando con la cabeza—. No hay peor perjurio que aquel que rechaza el arrepentimiento. Que sea Dios, en su infinita sabiduría, quien la juzgue y le ofrezca el perdón.

El fraile se alejó del poste, cabizbajo. Volvió a tragar saliva, sintiendo que las tripas se le revolvían como un amasijo de sierpes. No tenía estómago para lo que estaba a punto de venir.

Unos metros más abajo, al pie del cadalso, la multitud contemplaba expectante la escena. Algunos puños se alzaron, algunas gargantas pidieron a voz en grito la justicia del fuego.

El secretario repitió la seña al verdugo, señalando a la joven con la cabeza.

—Vamos. Terminemos con esto.

El ejecutor obedeció. Bajó lentamente la antorcha, depositándola al pie del poste. Las llamas lamieron la paja reseca, las tablas y los leños cubiertos de aceite. La hoguera prendió al instante, levantando una nube de humo que se extendió como una bruma oscura sobre la multitud.

Hombres y mujeres soltaron una exclamación al ver las llamas ascendiendo, consumiendo todo cuanto tocaban. La danza del fuego, bella

pero terrible, resultaba hipnótica. Más puños se alzaron en el aire, vítores, silbidos... pero las exclamaciones se apagaron; fueron reemplazadas por un murmullo de confusión, primero, y de verdadero pavor después.

La chica los observaba desde toda la altura del cadalso, sus ojos brillantes como el mismo fuego que la consumía. No gritaba. Las llamas le devoraron los pies, los tobillos, las pantorrillas, liberando un repugnante hedor a carne quemada... pero no gritó. En ningún momento gritó.

No ella.

Un escalofriante alarido de dolor y terror surgió de boca del secretario inquisitorial. Y del verdugo.

Las piernas de ambos ardían.

Sus chillidos se elevaron sobre los gritos de la multitud, inhumanos, desgarradores. Corrieron sobre el cadalso, arrojándose al suelo, intentando apagar el fuego a manotazos. Un esfuerzo fútil.

La gente se echó hacia atrás, horrorizada, contemplando el imposible espectáculo bajo el cielo oscuro del mediodía. Las llamas consumían sus cuerpos a idéntico ritmo que aquellas que devoraban a la muchacha. Pronto superaron las rodillas, trepando hasta la cintura, el abdomen, los brazos y el pecho. Los dos hombres se retorcían en el piso, aullantes, la carne carbonizada desprendiéndose de sus huesos. Cuando algunos de los espectadores de las primeras filas también comenzaron a gritar, envueltos en flamas rojas, la multitud se desbandó en un caos de gritos y horror.

La pequeña plaza, húmeda bajo la llovizna, quedó repentinamente en silencio, cubierta por las decenas de cuerpos que aún se convulsionaban sobre los adoquines.

No quedaba nadie con vida.

Excepto una persona.

El joven fraile, sentado en el suelo, contempló aterrorizado el cuerpo de la chica. No quedaba mucho de ella. La difusa silueta de una osamenta negra, carbonizada, humeante. La cabeza estaba vuelta hacia él, casi como si lo mirara desde las cuencas vacías de sus ojos derretidos. El fraile retrocedió, aún tumbado en el suelo, arrastrándose con manos y pies.

La boca de la calavera parecía sonreírle bajo la lluvia.

•

Bruja

•

Capítulo 7

Residente

30 de septiembre

Hoy quedé en tomar unas cervezas con Nick y Josh luego del segundo turno. También invitaron a Albert, el pelirrojo del departamento de Investigación. ¿Desde cuándo andan codeándose con los "altos rangos"?

Josh trajo su mazo de cartas y jugamos unas cuantas rondas. Albert nos desplumó a los tres como a unas gallinas. Ya les había dicho yo que no se podía confiar en esos cerebritos; de seguro estuvo contando las cartas, o algo así. Es un buen tipo y todo, pero juro que la próxima lo voy a dejar en pelotas.

4 de octubre

Hoy me tocó bajar al laboratorio a hacerme cargo de los residuos. Era bastante tarde ya, pero me sorprendió ver la actividad que había ahí. Los chicos de Investigación se matan trabajando, no me sorprende que hayan mandado a unos cuantos a casa el mes pasado.

Antes de llevar los contenedores al incinerador pasé junto a las jaulas donde tienen encerrados a los monos. Parecían un tanto más agresivos de lo usual, pero igual me ha dado lástima verlos ahí, hacinados, con esas grandes bolsas de suero. Pero bueno, no es ni la primera ni la última vez que hacemos estas cosas "por el bien mayor".

7 de octubre

Ha sido un día agotador, estoy molido. El ala oeste está más activa que nunca, corren pruebas a todas horas y, aparte del trabajo habitual, nos toca estar constantemente alertas ante cualquier requerimiento. Nos habían advertido que durante octubre las cosas iban a ponerse más agitadas, pero esto es ridículo. Solo quiero dormir.

Por suerte, el otro viernes salgo de permiso y podré abandonar las instalaciones por el fin de semana. Hace meses que no veo a Carla y a los

niños.

9 de octubre

Nueva noche de poker. Albert nos ha vuelto a desplumar, aunque esta vez se lo he puesto un poco más difícil. Nick se enfadó tanto que se retiró antes de que terminara la partida, poniendo a voz en grito que "no vuelve a jugar nunca más con los hijos de puta de Investigación". Yo me partí de la risa, Albert empieza a caerme bien.

El que no estaba de tan buen humor era Josh. Estuvo toda la noche rascándose el cuello y la espalda como un maniático. Cuando le pedí que parara un poco me dijo que me fuera a la mierda. Mírenlo. Cuatro años trabajando juntos y me responde así. Le debo unos cuantos favores, que sino...

14 de octubre

Malas noticias... No podré ir a ver a Carla y a los niños el fin de semana. Voy a tener que cubrir a Josh en el turno nocturno durante mañana y pasado. Parece que por fin ha decidido hacerse ver ese sarpullido horrible que le salió el otro día. Me jode bastante, pero no me queda otra: se lo debo a Josh, me ha salvado el culo muchas veces.

15 de octubre

Hoy llamé a Carla para explicarle que no podré ir a casa mañana. Me comí una bronca de las buenas. Que por qué no puede cubrir otro a Josh, que por qué siempre me enganchan a mí, que si no pienso en los niños y bla bla bla... ¿Me lo dice en serio? ¿Cómo no voy a pensar en ellos? Es porque los tengo siempre en la cabeza que acepté este trabajo. ¿En qué otro lugar iban a pagarme lo que pagan aquí por este puesto? ¡En ninguno!

Tengo suerte.

Tenemos suerte.

Espero que Carla se ponga en mi lugar por una vez y lo entienda ella también.

Carajo... mejor me voy a la cama. Tengo que cubrir a Josh a la noche.

16 de octubre

Mierda, mierda, mierda...

Hoy sí que me he mandado una...

Los chicos del laboratorio me llamaron a un horario bastante inusual, incluso en este maldito turno. Se habían quedado trabajando hasta madrugada, de nuevo, y necesitaban que los desechos fueran incinerados antes de primera hora. Los habían dejado en el lugar de costumbre, una puta montaña de ellos.

Bajé al nivel inferior y llevé los contenedores hacia la sala del incinerador, pero, cuando estaba arrojando el último al fuego, uno de los viales se me escapó y se hizo pedazos contra el piso. Aún tenía algo de porquería adentro. Tuve que recoger todo aquello a las apuradas y tirarlo al incinerador.

No estoy acostumbrado a trabajar a estas horas, estaba muy cansado, y no seguí el protocolo como corresponde... Si a la gente de Sistemas se le ocurre revisar las grabaciones de seguridad, puedo terminar metido en un lío muy serio...

21 de octubre

Ha pasado casi una semana y nadie ha reclamado mi cabeza. Creo que puedo estar tranquilo por ese lado, pero, por otro, la Administración nos ha jodido bien jodidos a todos. Se han suspendido los permisos y las salidas de las instalaciones hasta nuevo aviso... ni siquiera nos han explicado por qué. ¡Llevo seis meses sin ver a mi familia! Carla va a matarme...

Nick está tan cabreado como yo. Hablamos de esto durante el almuerzo, y coincidimos en que un buen bono es lo mínimo que pueden darnos como compensación. Me habría encantado conocer la opinión de Josh, que está en el sindicato, pero sigue en la enfermería. Parece que el sarpullido ese era más grave de lo que habíamos pensado.

22 de octubre

Hoy me desperté de madrugada con un terrible dolor en la mano derecha. Me la he mirado y parecía bastante hinchada. Fui a la enfermería luego del almuerzo y la encontré fuera de servicio. ¿Desde cuándo está cerrada la enfermería? Uno de los de Seguridad me ordenó que me fuera a mis habitaciones y me tomara el resto del día libre, que ya mandarían a un médico a revisarme.

El médico vino, aunque casi tres horas después. Me tomó la temperatura, me colocó una pomada hedionda en la mano y me la vendó con mucha fuerza. Le pregunté si con eso bastaría y me dijo que no me preocupara. Supuestamente, para mañana ya estaré mejor. Eso espero, porque la mano, y ahora también el brazo, me duelen cada vez más.

23 de octubre

La mano ya no me duele. Pero me pica. Desde la punta de los dedos hasta el codo me pica como el demonio.

Supuestamente no puedo quitarme el vendaje, pero lo he levantado un poco y he visto unas ronchas rojas e inflamadas. ¿Que no es la misma porquería que tenía Josh?

Quise salir para ver si la enfermería seguía cerrada, pero me encontré con dos guardias de Seguridad en mi propia puerta. Me ordenaron que volviera a la habitación. No tuve ni siquiera tiempo de mandarlos a la mierda antes de que me cerraran la puerta en la cara.

¿Qué carajos está pasando aquí?

25 de octubre

No pruebo bocado desde hace dos días... Los de Seguridad se han instalado en mi puerta a tiempo completo y no me dejan salir. ¿Por qué hacen esto? ¿Qué acaso quieren matarme de hambre?

Hambre...

Tengo tanta, tanta hambre... Pero, terriblemente, la inanición es la menor de mis preocupaciones. Todo el cuerpo me pica espantosamente desde ayer. Las ronchas en mi mano se han extendido hasta el pecho y se han transformado en unas asquerosas llagas que supuran sangre y pus. Ardo en fiebre. La piel se me ha puesto de un color gris azulado... Se me notan

las venas... La carne del brazo se desprende, putrefacta, cuando me rasco...

¿Qué cosa, en nombre de Dios, me está pasando?

Carla...

2...

Seguridad no deja salir. Tiré puerta. Se asustan y armas, así que arranqué brazo pierna. Mucha sangre mucha carne. Ya no hambre. Ya no pica.

Sabroso.

▪

Residente

▪

- - -

*Un pequeño homenaje a uno de los más grandes juegos de la historia.
¡Espero que les haya gustado!*

- - -